

Queridos Juan, Pedro, Guillermo, Beto, Oscar, Miguel, queridos todos:

Ana Cecilia Ojeda Avellaneda
Universidad Industrial de Santander

Postdoctora de la Universidad de Provence. Doctora y Magíster en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle, París. Profesora Escuela de Idiomas Universidad Industrial de Santander. Bucaramanga, Colombia.

Correo electrónico: anaojeda@uis.edu.co

Queridos Juan, Pedro, Guillermo, Beto, Oscar, Miguel, queridos todos:

Me complace saludarlos en un día como este. No sé si ustedes se acordarán de mí, a veces uno deja huellas imperceptibles en los seres que ha amado o, quizás simplemente, por vanidad, a nosotras las mujeres nos gustaría pensar que es así. Pero bueno, hoy no les escribo por eso. Hoy simplemente quisiera compartir con ustedes algunas cosas de mi vida, de mi vida de mujer, que a lo mejor ya conocen o que a lo mejor nunca, nadie les ha contado. Contarles por ejemplo, que apenas siete semanas luego de haber sido concebida, el germen de vida que yo era, ha debido decidirse por encarnar en un cuerpo de mujer y para eso, otra mujer, mi madre, que ya me abrigaba en su vientre, fue la cómplice incondicional, aun si ella no lo sabía, o si ella o mi padre no hubiesen querido de mí. Si amigos, porque hoy empiezo a comprender que la vida está bien hecha y que hay una inteligencia en ella que nos supera. A partir de ese momento empecé el recorrido por este cuerpo, por esta vida de mujer que hoy me acompaña. Por este cuerpo, por esta vida de mujer que desde muy temprano, quizás hacia los cinco, seis o siete años, a lo mejor antes o a lo mejor después, no

recuerdo el momento preciso, pero presiento que era muy niña el día en que a escondidas quise robarle un beso en la boca al novio de una de mis hermanas mayores y sentí que algo se estremecía en mi carne, algo como un tibio calor que me recorría de arriba abajo. La mirada aterradora de mi hermana y también la de su novio, me hicieron comprender que algo malo, casi que escabroso, acababa de suceder y a partir de ese momento al placer de lo sentido se le superpuso la vergüenza de lo osado que marcaría mi vida para siempre.

Así seguí creciendo y mi personalidad fue cimentándose entre los ires y venires por las pequeñas calles de mi pueblo; por las miradas de los chicos que, cuando ya tenía unos 13 años empezaron a atraerme y no tardé en volver a intentar el beso, ya no el beso robado, pero si el beso escondido, la mano que toca la mano, el papelito con un dibujo o con una palabra hasta allí desconocida para mí, el lenguaje del amor (si así se le puede llamar a esas cosas que a veces uno dice, cuando se tiene esa edad), o el lenguaje de la seducción, y otra vez mi carne y algo más allá de ella volvieron a vibrar. Poco tiempo después, conocí al que creí durante mucho tiempo que había sido el amor de mi vida, porque así somos los humanos, porque así somos las mujeres, con esa ilusión de adolescencia, en la que todo nos es posible porque el mundo es de nosotros y hasta sentimos que es pequeño frente a los ideales que nos construimos. La realidad vino luego a mostrarme otras caras que hasta allí me habían sido desconocidas. Pero ese es otro cuento y no quiero cansarlos con esta historia.

Hoy, después de muchos avatares y de la apropiación de uno que otro conocimiento de los que los que la ciencia nos ha equipado, sé que cuando decidí a las siete semanas de mi concepción, encarnarme en un cuerpo femenino, estaba también decidiendo que mi alma o mi espíritu, o como quieran llamarlo, tendería hacia las dimensiones de lo masculino, para completar mi ser y que por ello, según un tal Jung, en este recorrido por la vida, siempre ofrecería mi cuerpo, mis sentidos, a ustedes, los hombres, en esa búsqueda infatigable por completar mi ser.

Hoy comprendo que mi búsqueda de lo femenino, de la feminidad, no es otra cosa, que la búsqueda del encuentro de esa parte de mí ser que está en sus almas y que por eso nos buscamos y nos atraemos, únicamente con el objetivo de completarnos, de complementarnos. Y para ello, la observación del cosmos, en su orden, en su armonía me ha servido de maestro, porque en él lo femenino es lo que da vida, lo que reproduce, lo que cuida, lo que organiza, lo que acoge, lo que une, en últimas, la femenino sería la potenciación de la feminidad a su máxima expresión; así, me he dado a la difícil tarea de buscar y de comprender lo femenino en mi cuerpo, en mi sexo, en mi intelecto, en mi alma y eso con un único objetivo, en este mundo cambiante, no tener que vivir de prestado. Porque el cosmos en su cosmética me ha enseñado que una flor es una flor y potencia en ella su máxima expresión, que igual sucede con un árbol, con el río, con el agua, con el perro, con el gato, con el pájaro, con la mariposa, con la abeja, en fin...y esa observación me ha permitido la conquista de lo femenino en mí misma.

Debo reconocer que comprender esto no ha sido sencillo, ni para mí como mujer, ni para ustedes como hombres, eso creo, que a veces me he extraviado, equivocado, porque muy poco se nos habla de esto, que a mí nadie me lo había dicho, ni mi madre, ni mis hermanas, ni mis maestras o maestros, quizás ellos tampoco lo sabían y por eso hoy yo quiero compartirlo con ustedes, simplemente o talvez como un nuevo punto de partida.

Es bello ser mujer y tender hacia nuestra alma femenina que está en ustedes y decirles que en nosotras esta su alma masculina y que cuando estamos juntos y que cuando nos amamos nuestros seres se regocijan en el encuentro de esa plenitud que nos une.

Los quiero,

Ana Cecilia Ojeda Avellaneda